

Desde el traspatio

Eli Bartra

Es en el traspatio de la sociedad en donde pienso que transcurre la historia cotidiana de las mujeres. No es en la sala (pieza principal de la casa) sino en el traspatio, en donde está en contacto directo con la inmediatez de la sobrevivencia humana cotidiana, pero es también como metáfora de su condición subalterna. Y, además, también es en y desde el traspatio como se ha llevado a cabo la lucha de las mujeres (en sentido metafórico y no tanto).

En los últimos años se han hecho algunos balances parciales de la lucha de las mujeres en México; se ha hablado, sobre todo, de los avances y los retrocesos de estas luchas a nivel social y público, o mejor, únicamente a este nivel.

Para hacer un balance riguroso quizá sea preciso realizar previamente un recuento de lo que se ha hecho y, como en contabilidad, ver cuáles han sido las pérdidas y cuáles las ganancias. . . Si esto es así, es preciso saber primero cuáles eran los objetivos a alcanzar; es necesario saber bien qué se quería para determinar los triunfos o los fracasos, cosa no del todo clara cuando de unificar objetivos se trata para el movimiento de liberación de la mujer en México. Por lo tanto, quizá no resulte inútil señalar que aportaré mis opiniones al respecto que, lejos de ser imparciales o neutras estarán, por el contrario, cargadas por mi visión de la realidad y por mi jerarquía de valores. Para hacer propiamente un balance sería preciso un minucioso estudio, descripción y análisis de todo el movimiento de mujeres en lucha. Me limitaré pues a manifestar el resultado de algunas reflexiones en torno a la filosofía política feminista que contribuyen a conformar una parte metodológica para un balance socio-histórico posterior.

Se ha podido llegar ya a ciertas conclusiones sobre los cambios operados en la sociedad mexicana como consecuencia del movimiento de liberación de la mujer. Entre ellos, haciendo una síntesis, puede decirse que, a nivel social, el de mayor importancia ha sido el hecho ya innegable de que parte de la problemática de la condición femenina ha salido a la luz pública.

Rosamaria Roffiel



Se ha entreabierto la puerta del traspatio. Hoy en día los problemas de las mujeres se plantean y se discuten en casi todas las esferas de la sociedad: en los medios masivos de comunicación, en publicaciones de todo tipo, en las universidades, en las escuelas, en los partidos políticos, en el interior de la familia, en la iglesia, en las instituciones estatales, en las fábricas, en las colonias, en las comunidades agrarias. . . y en las cantinas.

Este es el resultado de la gran batalla que han librado las mujeres conscientes y mínimamente organizadas en lo que despectivamente se caracteriza como los insignificantes y prácticamente inexistentes grupúsculos que componen el movimiento en nuestro país desde hace más de doce años.

Esta batalla fue (y sigue siendo) un objetivo común a todos los grupos; "concientizar a la población en general". Hemos repetido en múltiples ocasiones que no es posible solucionar ningún problema, del tipo que sea, si éste no se pone de manifiesto, si no se conoce. Pues bien, se ha tratado de dar a conocer El problema, y no ha sido una tarea fácil. En primer lugar, ha sido necesario adquirir un mínimo de claridad para poder comunicar los problemas y, como las ideas desgraciadamente no caen del cielo, la toma de conciencia fue el resultado, a su vez, de la comunicación entre las mujeres.

Ahora bien, en este aspecto del proceso de lucha, han aparecido discrepancias entre las mujeres organi-

zadas sobre la manera y el lugar en donde es importante transmitir la información. La polémica sigue abierta.

¿Se trata de utilizar cualquier plataforma posible para proyectar desde ahí la lucha de las mujeres? En general, cuando un movimiento social se encuentra en franca situación de debilidad, tiende a utilizar todos los foros a su alcance. Creo, sin embargo, que ya no es posible seguir siendo tan ingenuas políticamente como para pensar que, en efecto, se puede utilizar cualquier espacio; la experiencia nos ha demostrado que son más las ocasiones en que el espacio que pretendemos utilizar, más bien nos utiliza. Las ideas feministas, en contextos completamente antagónicos a nuestra lucha, se han visto desvirtuadas, transformadas, manipuladas de tal forma que resultan un arma más o menos de la ideología dominante.

Quisiera en estos momentos de reflexión, producto quizá de una crisis —o de muchas—, tener la claridad suficiente para poder poner en orden las ideas que me preocupan y que, sobre todo, tengo la certeza de que actualmente preocupan a mucha gente.

¿Por qué hablo de crisis? Todo mundo habla de crisis. Pero situémonos en un solo aspecto: la crisis de las filosofías políticas actuales.

El gran viento del socialismo científico que ha recorrido y modificado el mundo durante más de un siglo parece a todas luces ya no ser tan refrescante como en décadas pasadas. Y uno de los nuevos vien-

tos de la última década, el feminismo, que venía a refrescar conciencias, a remover las ya estancadas aguas de la revolución socialista en el mundo, empieza a sufrir los mismos padecimientos: está en crisis. Y aun así, podemos observar cómo, sobre todo en Europa, la gran esperanza de cambio para buena parte de una ya cansada generación de militancia política socialista, son los “nuevos” movimientos “marginales” entre los que destacan las mujeres en lucha.

¿Por qué digo que el feminismo está en crisis? Con esto no estoy afirmando nada nuevo. Simplemente retomo las manifestaciones de malestar o de repliegue, o quizá hago referencia a todo un alud de *meas culpas* y autocríticas, que se han producido en los últimos tiempos tanto en México como en Europa y los Estados Unidos.

Las mujeres militantes de este movimiento social se muestran cansadas después de varios años de lucha contra ese gran mamut blanco del patriarcado y su íntimo amigo, el capitalismo. Y he aquí el gran objetivo del movimiento: la destrucción total de la opresión y la explotación en nuestra sociedad. Nada menos y nada más. ¿Se puede ser más ambicioso?

Pero situémonos más en lo concreto. Estábamos en otro objetivo específico inicial de lucha: dar a conocer ampliamente la problemática de la condición de inferioridad de las mujeres en nuestra sociedad. Y, como decía, este objetivo se ha logrado en gran medida sin olvidar, de ninguna manera, que la tarea no se ha agotado ni mucho menos.

Y, sin embargo, no hay nada gratis; actualmente el movimiento se ve enfrentado con la otra cara de la moneda: el precio que habrá que pagar, en parte por haber utilizado cualquier tribuna, es el de la recuperación. No, no se trata de un fantasma en la cabeza de unas cuantas militantes paranoicas, es la realidad que estamos contemplando en el presente.

Trataré de ejemplificar. Tenemos por un lado, la lucha que ha llevado a cabo el movimiento de mujeres por la despenalización del aborto que está dirigida directamente hacia el Estado. Es la Cámara de diputados quien tiene que hacer “suya” la propuesta de ley y queremos definitivamente que nuestro interés “coincida” con el interés del Estado. No creemos que esto sea una recuperación de la lucha, sino que se tratará de una reforma en beneficio de la gran mayoría de las mujeres.

Por otro lado, tenemos todos los intentos de muchas instituciones estatales y privadas por desarrollar programas y proyectos de todo tipo en torno a la condición femenina; esto va preparando el terreno para la institucionalización del movimiento de mujeres. En las instituciones se están calmando las ansias de teoría e incluso de práctica de algunas mujeres en lucha y de muchas más potencialmente combativas, todo bien arropado bajo el manto protector de una





ideología totalmente clasista y patriarcal: la del gobierno y la clase dominante.

A nivel del Estado, se prepara quizá el terreno para la creación de una Secretaría de Estado de la Condición Femenina y quizá también, en un futuro no muy lejano, se extienda el proceso de corporativización de la sociedad mexicana al sector femenino y se integre como tal dentro del partido oficial. A esto llamamos recuperación. Y esto facilitamos cuando, cargadas de buenas intenciones, nos entregamos e integramos con nuestros proyectos de lucha liberadora a las instituciones, o pretendemos utilizar ciertas plataformas que representan intereses radicalmente opuestos a los nuestros y se convierten, así, en perfectos trampolines hacia el gran río de la recuperación.

No hay que olvidar, de todas maneras, que esto es también el resultado de que el movimiento haya sembrado durante años la semilla de la inquietud y el descontento.

Se podría argumentar que el proceso de recuperación se facilita ante una debilidad político-teórica y una debilidad organizativa. Es posible que sea parcialmente cierto. Pero se podría afirmar también que en un país como el nuestro, capaz de institucionalizar una revolución, capaz de crear ese conjunto de instituciones con tanta solidez, capaz de corporativizar al movimiento obrero y al movimiento campesino, resulta sumamente difícil imaginar que un movimiento de mujeres débil va a escapar tan fácilmente a este proceso.

Aquí cabría mencionar también otro proceso de recuperación que se da paralelamente, digamos, al

proceso estatal y burgués. Se trata del papel de los partidos de izquierda. Los partidos, en un momento determinado "descubrieron" (en la segunda mitad de la década pasada), el problema de la mujer y echaron a andar los mecanismos necesarios para incorporar en sus programas los añadidos necesarios para "tomar en cuenta" la problemática femenina. Al mismo tiempo, han tratado de múltiples maneras de mostrarse solidarios con las necesidades de las mujeres, como por ejemplo, el hecho de que la Coalición de diputados de izquierda presentara en la Cámara la propuesta de ley para el aborto elaborada por las mujeres. Pero lo más significativo es que, a pesar de que las mujeres organizadas hemos gritado en todos los tonos posibles por nuestra autonomía organizativa y por nuestra autonomía política, los partidos hacen oídos sordos a esto y persisten en declarar que un movimiento de mujeres tiende a dividir a las masas (¿cuáles masas?), y a luchar por cuestiones de orden secundario en lugar de unirse a la lucha partidaria revolucionaria contra lo que ellos consideran "la contradicción principal" (capital-trabajo).

Como caso concreto del gran intento de algunos partidos políticos de izquierda (PCM, PRT) y de algunos sindicatos independientes por aniquilar a la incipiente organización autónoma de las mujeres tenemos la creación, en 1979, del Frente Nacional por la Liberación y los Derechos de las Mujeres y la consiguiente estocada contra la organización autónoma Coalición de Mujeres Feministas. El resultado fue que, Coalición prácticamente desapareció y lo que tenía que ser un frente de masas no pasó de ser un

fantasma detrás de grandes desplegados que se publicaban en la prensa una vez al año.

A los partidos de izquierda lo que les interesa ahora es contar con mujeres militantes en sus filas o con votos en las próximas elecciones, pero no les interesa ni les ha interesado nunca la lucha autónoma de las mujeres.

Así, el gran dilema que se presenta a las mujeres del movimiento es el de llevar una vida política autónoma y marginal (esto es, al margen de las instituciones y los partidos), o la institucionalización y la integración.

Todo parece indicar en el presente que la existencia política de las mujeres está en función de su integración. Integrarse al desarrollo es la consigna oficial, o integrarse a la verdadera lucha política del país, dicen los partidos.

Contra la marginación y el encierro: la institucionalización, la integración, la recuperación. Todo lo que está fuera de las instituciones, toda política fuera de donde "debe" estar, es decir en los partidos políticos, es marginal y lo marginal no existe.

De ahí que, debido al fuerte hostigamiento del exterior y debido también al montón de discrepancias al interior, se ha llegado en últimas fechas a afirmar dentro y fuera del movimiento que éste no existe. Si no existe ¿cómo es que se habla tanto de él? Será una pura alucinación.

Claro que si se pretende ver en la actualidad algo más que decenas de grupos autónomos por toda la República; si se pretende ver un gran movimiento de masas que llene la plaza de la Constitución, efectivamente se está pensando en algo que no existe y que seguramente no existirá por mucho tiempo.

Ante lo que se ha llamado la crisis del feminismo, otra brillante alternativa ha salido a la luz. Se ha pensado que puesto que el movimiento prácticamente no existe o es sumamente débil, es necesario unir fuerzas, es necesario que *todas* las mujeres organizadas nos unamos bajo la bandera del feminismo. Esto quiere decir que las feministas organizadas autónomamente nos unamos con las mujeres organizadas dentro de los partidos (¿otra experiencia como la del Frente?), pero ahora será con *todos* los partidos políticos desde el PRI hacia la izquierda (la ultraderecha quedaría fuera por lo pronto).

Esta es una de las manifestaciones más desesperadas de la crisis. La sola intención de conformar esta unidad muestra que se ha llegado a olvidar que la lucha por la liberación de la mujer es una corriente política, que puede ser antagónica desde la raíz con otras corrientes políticas, así sean de mujeres. La pretensión de que en el movimiento de liberación de la mujer puedan estar unidas las militantes del PRI, las del PSUM, las del PRT, y etcétera y las autónomas es tan absurdo como pretender que el PRI, el PSUM y los anarquistas pueden conformar un solo partido.



Lo que es posible, y no sólo eso sino necesario, es unificar criterios en torno a alguna cuestión específica, por ejemplo, la lucha por la despenalización del aborto.

Por otro lado, considero importante mencionar una de las grandes contradicciones que muestran los movimientos aquí y en otras partes del mundo. Uno de los primeros objetivos de las mujeres organizadas fue el de crear un amplio movimiento masivo de mujeres en lucha. Pero, es preciso recordar que una de las cuestiones fundamentales de la lucha feminista ha sido el antiautoritarismo y el combate contra las formas jerárquicas de dominación en todas las esferas de nuestra sociedad contra las formas de poder piramidales que, mantienen nuestra estructura social. De ahí que también se hayan rechazado las formas organizativas jerárquicas, verticales; y entonces, la pretensión de crear un movimiento masivo sin una estructura jerárquica, sin una dirigencia digamos, parece por lo pronto un imposible, una utopía. Por ello, resulta ya imprescindible entender cuál es el verdadero significado de un movimiento a diferencia de una organización partidaria de masas. Si se persigue una congruencia entre el discurso y la práctica política cotidiana; si son auténticas las aspiraciones de lucha contra todo poder que deriva en dominación (y de hecho no conocemos otro), no es posible intentar crear una organización masiva de mujeres

en contra de la dominación a partir de una estructura jerárquica con relaciones de poder en su interior.

La fuerza, dentro de la debilidad, que ha tenido el movimiento hasta ahora —y que por miopía tiende a negarse—, ha sido justamente por tratarse de un movimiento social horizontal que ha ido permeando múltiples esferas de lo público y lo privado. El movimiento ha representado, por supuesto de manera aún no lo suficientemente significativa, una fuerza de *presión* que va transformando en la práctica cotidiana y por qué no, en la práctica teórica, las relaciones de poder patriarcal.

El hecho de rechazar formas jerárquicas y de poder, como pauta organizativa, no quiere decir que no exista la división del trabajo al interior de los grupos, pero lo que se ha intentado es que ésta sea lo menos forzada posible.

Hasta aquí me he referido a las consecuencias sociales-colectivas, públicas, del movimiento en los últimos años. Ahora, lo que me interesa es señalar que una de las diferencias importantes entre el feminismo y otras filosofías políticas revolucionarias, es el hecho de haber puesto en evidencia, de haber resaltado la relación entre lo personal y lo político. Gran parte de los esfuerzos de las mujeres en lucha ha ido encaminada hacia la transformación de la vida cotidiana personal e interpersonal. Y, ¿cómo hacer un balance de los cambios, seguramente aún mínimos pero existentes, en el nivel de lo personal? ¿Cómo considerar las transformaciones en el interior de la vida familiar? ¿Cómo hacer un balance de los cambios en las características y el papel de la familia, de las relaciones de pareja? ¿Cómo hacer un balance de los cambios a

nivel de los valores que rigen la vida cotidiana? ¿Cómo es posible medir las lentas transformaciones del movimiento del cuerpo de las mujeres o de los hombres, de las actitudes diarias, del gesto instantáneo? ¿Cómo medir la paulatina modificación de la sexualidad femenina y masculina? ¿Cómo percatarse del lento proceso de empezar a existir?

Sin duda, la estrategia de la lucha social y la privada van de la mano, no existe una separación, hay una estrecha interrelación y una coherencia.

Por ejemplo, la lucha por la despenalización del aborto tiene un carácter muy diferente a la lucha por el voto. Ahora las mujeres tenemos derecho a votar, a participar como ciudadanas “igual” que los hombres, pero no tenemos ni siquiera uno de los más elementales derechos que es el de decidir sobre nuestro propio cuerpo.

¿Cómo poder medir el lento proceso de incorporación del hombre a las tareas domésticas? Generalmente la parte que más interesa hacer sobresaltar es el proceso de incorporación de la mujer a las tareas productivas, a puestos de responsabilidad, etc., pero, más que eso, lo importante es ver cómo se soluciona el problema de la doble jornada de trabajo. No basta con aplaudir satisfechos la incorporación de la mujer en la vida social; más importante es darse cuenta y atacar por el lado de esa segunda jornada, de las llamadas “tareas propias de su sexo”. Esto no se transforma por decreto, sino por medio de la lucha cotidiana a nivel de lo personal; lo cual no significa de manera estrictamente individual y aislada, sino en el marco de una lucha colectiva de las mujeres.





¿Y en el campo de la sexualidad? ¿Qué ha sucedido en los últimos años? Y, sobre todo, ¿por qué me interesa mencionarlo ahora?

La sexualidad se inscribe directamente dentro de la esfera de lo privado, lo individual, lo personal y, sin embargo, tiene que ver con las relaciones interpersonales. La sexualidad ha estado profundamente sellada por relaciones de poder. Desde hace mucho tiempo, o desde siempre, el hombre ha detentado el poder y no es sino hasta el surgimiento del movimiento de liberación de la mujer en el mundo y de otros movimientos impugnadores de la década de 1960, cuando el poder masculino en la relación sexual se vio seriamente cuestionado. Así como también se puso de manifiesto la enajenación e insatisfacción masculina dentro de las llamadas relaciones sexuales "tradicionales". Y así, se inicia lo que prevemos como un larguísimo proceso de transformaciones de la sexualidad en ambos sexos.

Como es difícil imaginar relaciones humanas que no estén sumergidas en relaciones de poder, cuando se empezó a combatir el poder masculino en la sexualidad, los hombres sintieron que se les movía el piso y se dijeron: "bueno, si yo ya no voy a tener el poder significa que ella lo va a tener. . ." Y cundió el pánico. Pero, ¿no se ha entrevisto o entresentido acaso la posibilidad de una ausencia de poder en la relación sexual, que marcará el camino de una transformación profunda de la relación entre los sexos?

La sexualidad no es una esfera aislada del resto de la vida individual y social de las personas, tiene que ver —¿será excesivo decirlo?—, con todo.

El cuestionamiento de la vida cotidiana que iniciaron las mujeres; el cuestionamiento de todos y cada

uno de los pequeños hilos que se entretajan minuto a minuto para formar el complicado tejido de la vida cotidiana, llevó muy rápidamente a que la lucha de las mujeres fuera considerada *contra* los hombres. ¿Y con quién tienen que enfrentarse diariamente las mujeres en su vida? Si los hombres se empeñan en conservar el poder, es obvio que representan el blanco del cuestionamiento constante, ellos, como detentadores de un poder, y *no* por el simple hecho de ser hombres, lo cual es muy diferente. Si hay una lucha contra el poder patriarcal es justo reconocer que el poder no flota en el aire, no es una abstracción, es algo muy concreto y palpable. Y las relaciones sexuales entre hombres y mujeres son una clara manifestación en lo concreto, cotidiano, de la relación de poder. La sexualidad dominante es la patriarcal que es enajenada y enajenante y, la verdad, en lo profundo, no satisface a nadie; pero como lo que está en juego es el poder y éste no se suelta así como así es necesario que los hombres entiendan que en esta supuesta lucha de sexos van a perder poder, cierto, pero van a salir ganando mucho más. ¿Cómo lograr que los hombres entiendan? La verdad es que no hay recetas y por eso, en este proceso, se van desarrollando en la práctica toda clase de formas.

Podemos darnos cuenta que estamos viviendo inmersos en un proceso irreversible de cambios profundos de la sexualidad, pero creo también que es muy pronto para entender bien y creo que es menos aún lo que podemos medir, cuantificar. Y, sin embargo, tengo la certeza de que las mujeres en movimiento estamos sacudiendo las redes imaginarias y reales del poder. *Jim*